



Ayuntamiento de
Benalmádena



Arroyo de la Miel
Sig.: BEN 82-3 rel
Tít.: Relatos : Taller de Escritur
Aut.:
Cód.: 1003725782 R.43367 FL



Taller de **E**scritura **C**reativa
Relatos



Marzo-Mayo 2010



Biblioteca Pública Arroyo de la Miel

BEN
82-3
rel

Taller de Escritura Creativa

Relatos

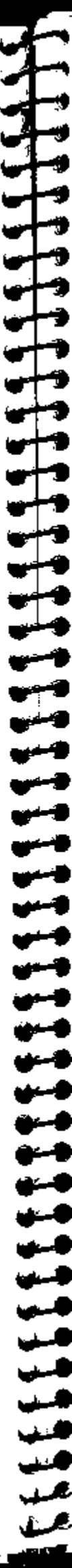
Marzo-Mayo 2010



Ayuntamiento de
Benalmádena



R.43368



Índice

Prólogo	4
<i>Relatos:</i>	
Lucas Alcaide De Wendeleer, <i>Pornografía</i>	5
Maria Elisa Almarza Burbano, <i>El belén, Si mañana no saliera el sol</i>	7
Maria Barrionuevo Almansa, <i>El final de lo imposible</i>	9
Ricardo Castillo <i>La página de guardia; El heredero</i>	11
Jesús Contreras Esaguri, <i>¿Qué pasaría si... este fuese uno de mis últimos días?</i>	13
Virginia Díaz Rodríguez, <i>Mujer de negro</i>	15
Cristina Fernández Castro, <i>El sueño</i>	17
Dorotea Fulde Benke, <i>La cuota</i>	18
Gloria García-Villaraco Lerma <i>Si las marionetas pensaran</i>	19
Marisa Fernández Gómez <i>Sobredosis</i>	21
Mercedes Martín Alfaya <i>Lugares no comunes</i>	22
Maria Victoria Martín Espada <i>Fatal descuido</i>	23
Manuel Martín Miras <i>Encuentro</i>	24
Luis Molera Martínez <i>La torre de Babel y el gallinero</i>	25
Jesús Moreno Álvarez <i>El descubrimiento; El retorno de los Elohim</i>	27
Laura Piñero Sánchez <i>La flor</i>	29
Eduardo M.Romero Rueda <i>Mi paseo diario</i>	30
Nieves Rubio Cambero <i>Sin discusiones</i>	31
M ^a Ángeles Sánchez Serrano <i>La nada</i>	32
Jaime Santa-Olalla Temboursy <i>El chico de la bicicleta</i>	34
Archibaldo Solnie <i>El hospital</i>	36
Cristóbal Soriano Díaz <i>Culpa o enfermedad</i>	38
Francisco Suárez Martín <i>Profunda oscuridad</i>	39
Inés María Trevejo Azores <i>La llegada</i>	40
Lola Buendía <i>El juego apasionante de las palabras</i>	42
Ramón Alcaraz García <i>Final del curso</i>	43

Prólogo

Durante los meses de marzo a mayo de 2010 la Biblioteca Pública Arroyo de la Miel ha desarrollado dos talleres de escritura creativa cuyo fruto se encuentra entre tus manos.

Con la celebración de estos cursos buscábamos cumplir con parte de nuestra Misión como es la formación y entretenimiento, además de ser punto de encuentro para la socialización.

Estos talleres han discurrido en torno a la palabra, el debate, la crítica, el intercambio de ideas, el análisis de textos..., en definitiva, compartir sentimientos, experiencias y conocimientos. La profesionalidad y generosa labor de Ramón Alcaraz y Lola Buendía, así como la entrega de los participantes, han contribuido, sin duda, al éxito de esta actividad.

Conocer los diferentes géneros y estilos literarios, las herramientas que constituyen el andamiaje de un buen relato, una novela o un poema, nos proporcionarán mayor placer. Detenernos en su forma y no sólo en el contenido, conseguirá que disfrutemos más con los libros. Reconocer un determinado recurso literario, ampliar nuestro vocabulario, visualizar esta o aquella imagen o metáfora... es la esencia de una buena narrativa. Sin conocer la forma, sólo podemos gozar la mitad de un libro o autor.

La Delegación de Cultura, a través de la Biblioteca seguirá trabajando en la línea de formar a los usuarios. En próximas ediciones esperamos contar con la participación de los ciudadanos de Benalmádena. Tú eres el protagonista de nuestro servicio.

Sonia Valverde Márquez

Coordinadora de Actividades Culturales

PORNOGRAFÍA

Lucas Alcaide De Wendeleer

Subí al tren que me llevaba al trabajo sabiendo que sería empujado hasta morir por miles de obreros. Miré por encima de las cabezas buscando un asiento vacío; pero fue inútil, iba a pasarlo mal. Para colmo, tenía mucha hambre, soñaba con una buena taza de café caliente y tostadas. Sentía mi estomago vacío revolverse, pidiéndome algún alimento. Sin embargo, cuando estaba a punto de sofocarme, llegue a mi estación y bajé del tren. Una onda de aire limpio me acarició la cara, sentí como bajaba hasta mis pulmones. Todavía tenía hambre, así que corrí a un puesto de comida rápida. Me senté y se me acercó un gordo que al parecer atendía el local. Le pedí el menú y balbuceó un conjunto de sílabas que interpreté como "acá choripan y nada más, papá". El hambre me ganaba, pedí dos. Mientras se preparaba mi comida, le dedique un vistazo a mí alrededor. Ni idea de dónde me había metido. En el suelo había charcos de un liquido que no reconocía, en las paredes habían grietas de donde salían insectos y por la pinta de los clientes apostarí que salieron de una fosa séptica. El gordo me trajo los choripanes. Los miré. No tenían aspecto de comida, les chorreaba la grasa por los costados y desprendían un olor muy fuerte; una punzada en el estómago me recordó el hambre. Los tragué como si fueran caviar, y diría que hasta me gustaron.

Me quedé sentado durante un rato, satisfecho, hasta que me di cuenta de que debía ir al trabajo. Tiré un par de monedas en la mesa y me levanté, pero mis piernas cedieron y me obligaron a sentarme. Sentí un mareo terrible, ya era inútil intentar pararme. No había forma, así que decidí quedarme como estaba. Miré las monedas que le había dejado como propina al mesero. Brillaban de una manera particular, nunca había visto unas monedas tan brillantes, me hipnotizaban. De repente, las monedas comenzaron a rodar como trompos, cada una iba para un lado de la mesa y luego volvía al centro. Era un movimiento histérico que, sumado al brillo que producían, me volvía loco. Quería gritar, pero no podía. Hasta que todo terminó. Las monedas dejaron de rodar y se quedaron donde yo las había

puesto. En la otra punta del local, un barbudo se me acercó y se sentó enfrente de mí. *—Este no es un lugar para gente como vos —me dijo—. No debiste haber entrado.* Me echó una mirada amenazadora y luego se tiró al piso y se escondió bajo la mesa. Me agaché para buscarlo pero no estaba. Al levantarme, vi que el hombre había dejado una pequeña caja de música. Por encima tenía una bailarina que giraba y giraba y giraba. La mujer era hermosísima y su danza, al ritmo del cascanueces de Tchaikovsky, me dejaba abobado. Me olvide de las monedas, me olvide del barbudo, incluso del hambre. Ahora vivía nada más que para la pequeña muñeca danzante. Comencé a escuchar un zumbido; lo ignoré y seguí siendo testigo de la belleza de mi diosa. Me sentía como un niño en navidad, estuve a punto de chillar del gusto, pero el zumbido se hacía cada vez más fuerte. La música dejó de salir de la caja y sin música, la bailarina dejó de bailar. Miré para todos lados. En torno a mi mesa había gente, ellos producían ese ruido al hablar entre sí. Cerré la caja para proteger a mi diosa y miré a los hombres que me rodeaban. Sus miradas no expresaban nada. Agarré les di un violento golpe a cada uno de ellos en la cabeza, los maté, los maté a todos y ni siquiera se resistieron. Luego tomé un tenedor y un cuchillo de la cocina y comencé a comer. Del camarero me comí ambas orejas, del hombre barbudo los ojos y los dedos de la mano y de los demás solo me comí algunos órganos. Los devoré como si fueran caviar, y diría que hasta me gustaron, pero seguía teniendo hambre.

EL BELÉN

María Elisa Almarza Burbano

Abrió el aparador, allí no estaban. Miró en el ropero grande, tampoco: ni debajo de la cama. Se subió en la silla de anea de la cocina y, hasta donde su vista alcanzó, en la estantería de escayola no había nada. Corrió al salón esperanzada, <<seguro que mamá lo sabe>>.

Pero mamá aún seguía junto al féretro, llorando. Entonces comprendió que ese año no habría pandereta, ni zambomba, ni villancicos, ni figuritas nuevas para el belén.

Ese año no habría belén.

SI MAÑANA NO SALIERA EL SOL

María Elisa Almarza Burbano

Reconocería su taconeo hasta en sueños. Su agitado ir y venir por el piso sólo podía significar que, de nuevo, Luisa llegaría tarde al trabajo. El ruido de la persiana al subir le recordó su costumbre de asomarse a la ventana. <<Me molesta llevar el paraguas para nada>>, le dijo una vez. De repente, silencio.

—¡Daniel! ¡Ven! —le oyó gritar.

—¡Date prisa, por Dios!

La voz rota de Luisa consiguió estremecerle. Al llegar junto a ella, se sintió sobrecogido. La luz nocturna de las farolas no había dado paso a la claridad del día; desde la ventana apenas se divisaba la calle, todo era oscuridad y negrura. La única referencia eran los diminutos puntos brillantes de los faros, que apenas avanzaban.

Daniel conectó su receptor de radio, pero éste sólo le transmitió un prolongado silencio.

Reconocería su taconeo hasta en sueños.

—Cómo brilla hoy el sol—susurró Luisa acercándose.

—¡Daniel, despierta o llegarás tarde!

EL FINAL DE LO IMPOSIBLE

María Barrionuevo Almansa

A ella le gustaba saber que el amor que sentía por él nunca podría materializarse, que nunca podría darse en la realidad. Le gustaba mirarlo sin que él lo advirtiera, con esa mirada periférica tan bien entrenada; saberlo ahí, notar su presencia sin que él se percatara de la suya. Así podía imaginarse un amor perfecto, sabiendo de antemano que nunca se abriría grieta alguna por donde la decepción hallase un hueco por el que colarse.

A veces lo deseaba, cuando acertaban a encontrarse demasiado cerca, en un lugar público, que era donde siempre coincidían. Podía incluso escuchar el latido de su corazón, que ella se imaginaba acompasado con el de él. Y se reía por dentro, manteniendo su excitación en secreto, a sabiendas de que nunca nadie la descubriría. Luego se retiraba torpemente, como quien no quiere la cosa, porque el deseo de tocarle se volvía urgente y peligroso. Y mientras se encendía un pitillo y hablaba con alguien más del grupo, ella se imaginaba cómo sería quedarse a solas con él. Quería prolongar por el mayor tiempo posible aquel cosquilleo en el vientre, aquel despertar de energía que le impulsaba a respirar más profundo, que la envolvía en una mezcla de vértigo y agradable bienestar.

Otras veces, y de forma fortuita, apenas perceptible, se rozaban. Ella se cuidaba mucho de que aquello no sucediese, pero a veces ocurría. Entonces la retirada era algo más abrupta, como un pequeño chispazo; en la mano, el hombro o la rodilla tal vez. Sin darle importancia proseguía con el hilo de la conversación, aunque pronto se buscaba una excusa para alejarse unos metros. Entonces acudían a su cabeza imágenes atropelladas de cómo sería hacer el amor con él. El espacio se quedaba en blanco, las personas del entorno desaparecían y ella se acercaba hasta él para abrazarlo, para buscarlo por debajo de la camisa, para hundir su cara en su cuello y desabrocharle el cinturón. Y él respondía a su reclamo buscándola también, apartando prendas, guiándose por el olor y el tacto de su piel.

Como una ola que rompe, se obligaba a volver en sí, despejándose burlona, con aquella risa por dentro y la mirada camuflada en el entorno.

Cuando no se encontraban cerca, ella nunca se acordaba de él, ni reparaba en su existencia. Quizás porque a sabiendas de que aquel amor era imposible, prefería dejarlo como un juego cuerpo a cuerpo, como una danza macabra que solo se daba muy de vez en cuando, y nunca de forma concertada. Pero aquella tarde, cuando el calor la doblegaba en una siesta a la que no lograba sucumbir, se sorprendió echándolo de menos, preguntándose no ya solo por la química coincidente de sus cuerpos, sino por cómo sería pasar una tarde juntos. Cómo sería reír con él sin testigos, ir al cine, cogerse de la mano, despertar una mañana, salir de viaje, sentirse cómplices y otro sinfín de tópicos que las parejas establecen y de los que se adueñan con la certeza de absoluta exclusividad. Entonces dejó la siesta para otro día, y se lanzó a bocajarro en la piscina.

La siguiente vez que lo volvió a ver, ignoró su presencia por completo. Y su risa de dentro cambió para ser otra muy distinta, al pensar para sí misma lo que nunca creyó; que hasta los amores imposibles pueden tener un final.

LA PÁGINA DE GUARDIA

Ricardo Castillo

Me metí a guarda jurado porque en la garita podría leer todas las noches. Sólo en algunos momentos, ante la emoción de mi compañero describiendo los palos que había repartido en tal o cual sitio, me sentía obligado a soltar un sonido de admiración mientras pasaba la hoja del libro.

Una noche, después de terminar seis capítulos, Julio seguía sin volver de hacer la ronda; así que decidí mirar de reojo a través de la cámara de seguridad. Allí estaba él, afuera. Tenía el cogote más hinchado que de costumbre y retiraba a patadas unos cartones amontonados en la fachada del edificio.

Cuando de entre los cartones asomó un segundo brazo, la puerta de la garita ya había quedado abierta a mi paso y yo ya oía los quejidos cada vez más cerca. En cuanto nos tuvimos a la vista, Julio se detuvo. Miraba juntando las cejas el modo en que yo, en mi avance, llevaba al frente la porra, sujeta por ambas manos como si se tratara de un cirio. Sus orificios nasales venteaban bien abiertos; y por ahí sentí yo que mi voluntad se esfumaba.

—Apártate de él —dije.

Me hizo caso. Ahora arqueaba la espalda hacia mí.

—Vamos —empecé; desviando luego la dirección de la puntera de mis zapatos—... ¡Déjame a mí!

Agaché los ojos hacia el bulto del suelo, evité a Julio y elegí un muslo semicubierto por un cartón para descargar mi golpe. El consiguiente grito no fue mayor que el mío pidiendo a Julio que me cubriera desde la garita. Esperé durante un pestañeo hasta escuchar alejarse las pisadas de mi compañero, para entonces agacharme y levantar del pavimento una cara ennegrecida, a la que puse delante un billete azul que actuó como calmante. Con la misma cadencia de movimientos, cerré su puño en torno al billete, que quedó teñido entre sus dedos, y lo icé por las axilas, sin que pudiera evitar mancharme al acompañarlo a un banco del otro lado de la calle.

Hice tiempo aseándome en el lavabo antes de llegar hasta la puerta entreabierta de la garita. Por la rendija vi algo que me tranquilizó. Julio estaba curioseando el forro de papel de cómic de mi libro.

—El interior es otro —dije ya dentro con una media sonrisa—, muy diferente.

Se levantó pesadamente, de manera que no me costó esquivarle, agarrar el libro abandonado y darle la espalda en mi silla giratoria.

Un momento después noté en el hombro un cómplice apretón de su manaza. Callado, me quedé releendo varias veces la página que tenía delante, sin capacidad para pasarla.

EL HEREDERO

Ricardo Castillo

Este es el final de la historia. Ahora todo queda en tus manos, seas quien seas.

Llevo dos días caminando. Aún me pitan los oídos a causa de las bombas. Sólo espero que esa casa que diviso sea tu casa, que no encuentre más mesas tiradas y fotos desparramadas. Porque me temo que no podré seguir más allá de esa casa. A cada paso que doy todo lo que alcanzo a ver oscila cada vez más de un lado a otro. Y no pienso emplear ni uno solo de los papeles en taponar la herida. Son tuyos, hagas lo que hagas con ellos. Me gustaría que los leyeras, eso sí. Y después, ya da igual. Quémalos si quieres. Al leerlos, algo de mi mensaje habrá quedado en ti, y entonces es posible que algo cambie, que lo que escribí pudiera influir para bien, qué sé yo, para que no haya más bombas, por ejemplo. Pero antes tengo que encontrarte, y la casa es como si se alejara, dejándome a solas con el pitido de mis oídos. Es un maldito pitido casi imperceptible, casi la nada, y que lo impregna todo, de un tinte irreal. Allá donde miro, escucho la sordera de las cosas, en las zarzas, en el camino. Ni siquiera la casa parece real.

De repente, un fuerte sonido ha roto la nada. Recorre mis vértebras tras brotar de la casa: Se trata de un llanto estremecedor. Tu llanto, mi esperanza.

¿QUÉ PASARÍA SI...ESTE FUESE UNO DE MIS ÚLTIMOS DÍAS?

Jesús Contreras Esaguri

Mi vida empezaría a ser totalmente diferente...

No podría marcharme sin haber estrechado la mano a quien se la negué.

Sentaría a mi mesa a quien olvidé sin motivo alguno; al que verdaderamente sentía hambre, soledad, desprecio...

Las ofensas tenidas en cuenta y que nunca olvidé, las regaría con todas mis lágrimas para que pudieran brotar nuevos sentimientos de perdón y de olvido.

Devolvería, por cada gota de agua, un torrente de amistad. Daría mucho más de todo aquello que pude dar.

Trataría de conjugar el verbo *amar* en todos los tiempos y modos posibles, por la premura del tiempo, referidos a mi persona

Trataría de ser ese padre que, en cada momento, necesitaron mis hijas. El esposo que llenó de esperanzas los días quebrados, que superó logros y esfuerzos, con alegrías y los sufrimientos compartidos...

Mi trabajo se tornaría en un esfuerzo constante por cambiar y transformar la humanidad, ¡mi querida humanidad!

Atendería los sufrimientos, que siempre han requerido una respuesta inmediata.

Buscaría la sonrisa y los juegos de los niños.

Y con las malas miradas nunca diría: "qué mala cara tienes"...; mejor me preguntaría: "qué te pasa, puedo ayudarte en algo".

Trataría la enfermedad con "agua bendita para curar gargantas heridas".

Oraría menos horas al día, para ocupar mis manos en ayudar a los seres más débiles.

Respiraría cada momento más profundo, y me detendría para profundizar, descubrir y amar tanta vida percibida...Y con las piedras que tropecé, que me arrojaron, que aparté de mi camino... me construiré una pequeña casita, cerca de la montaña, del arroyo y del mar, para que mis hijas vivan el nuevo día y aprendan a construir con las adversidades una nueva vida.

Perdería menos tiempo en dejar de mirarte, para descubrir y contemplar entre tú y yo, amada esposa, el abrazo y el beso infinito entre el cielo y el mar...Y al final iríamos, juntos los dos, a tomar nuestro cafelito cerca del mar, para poder despedirme de ti y darte las gracias por todo lo que me supiste dar. Y sólo decir: "TE QUIERO"

MUJER DE NEGRO...

Virginia Díaz Rodríguez

"A las 13 horas de hoy, se ha encontrado un cadáver cerca del puerto. Un crimen pasional. La policía sigue el rastro de un asesino en serie, que ayer se escapó del centro de salud mental, parece ser que en los últimos años asesinó a varias mujeres con un perfil muy similar, siempre vestidas de negro...".

Este fue el titular que el Doctor Mario leía esta mañana en la cafetería del hospital, mientras tomaba su desayuno de costumbre. Por megafonía se le requería con urgencia en el quirófano 2. Otro día más, con complicaciones ajenas que le quitaban el sueño al irse a casa.

La noche cortaba con tijeras de acero la madrugada, señora oscura amiga de la muerte. En la 213 un enfermo entra en parada, la destreza y rapidez debían ser de obligado cumplimiento. Después de unos minutos, la muerte se certifica. Hacia meses que a Mario no se le moría nadie entre las manos. Todos, al irnos a dormir, nos llevamos a la cama las imágenes del día. Hechos normales y casi monótonos, (la bronca con tu jefe, la hipoteca, etc.). Pero Mario se llevaría el último pensamiento de aquel hombre, la mirada de un anónimo ser.

Inquietante situación para muchos, cotidiana para este singular médico de urgencias, hasta ese momento. Al salir del hospital, una mujer se le acerca. No habla y su nerviosismo era evidente. Por sus gestos le indica que la siga al descampado cercano al centro de salud. Decide acompañarla. De repente, se encuentra totalmente solo en aquel sitio oscuro, y de la mujer no hay rastro.

Ya en casa, mientras duerme, de la nada aparece la mujer del descampado. Mario no sabe por qué le ocurre aquello y regresa al hospital. Allí se encuentra con el doctor Sierra. Piensa que la falta de descanso le produce alucinaciones.

Llega la hora de su consulta. Uno a uno van pasando los enfermos de ese día. Hasta encontrarse con un antiguo amigo. Se despiden con un abrazo y quedan para comer juntos al día siguiente y hablar de lo que le pasa.

Su amigo no acude a la cita. Mario piensa que algún contratiempo ha impedido que pudieran verse. Decide volver a casa andando y cree verlo. Este no le reconoce al principio y entran en una conversación extraña. El amigo le explica asombrado que no se han visto desde hace años. Un sudor frío le recorre la

espalda. No entiende qué está ocurriendo. Algo en su cabeza no va bien. Concluye que está pasando por una etapa de estrés y cansancio laboral.

A la mañana siguiente, recibe de recepción médica una nota: "Mario, soy tu amigo Pablo de la Universidad. Ayer quedamos para comer y no fuiste. Llámame.

Asustado, intenta dormir un poco en el hospital. Despierta como si alguien le arañara con la mirada y ve a la mujer vestida de negro:

—Tienes que ayudarme, no dejes que lo haga...

Mario sale tembloroso, pálido y perdido. Al día siguiente no acude al hospital. ¿Que quería esa mujer que evitara?, ¿qué conexión tiene con él?

Mario toma unos tranquilizantes. Lee el periódico: "A las 13 horas de hoy, se ha encontrado un cadáver cerca del puerto. Un crimen pasional. La policía...".

No lo podía creer. Esa era la misma noticia que había leído días atrás. Imposible, las noticias no se repiten con la misma fecha de imprenta. La locura se apodera de su mente, corre por la habitación sin sentido. Se agarra con las manos la cabeza y cae al suelo.

Al despertarse se encuentra atado de pies y manos... Unos médicos hablan:

—Su estado ha empeorado, los medicamentos no le causan efecto. ¿Creen ustedes que atiende a la realidad?

—Es una gran pérdida para la medicina... Mario fue un médico muy reconocido.

—Ha sido una desagradable sorpresa para todos que bajo esa imagen de entrega hacia sus pacientes se encontrara una personalidad psicópata. Aun recuerdo el titular de aquella noticia que nos sorprendía aquella desafortunada mañana...

"A las 13 horas de hoy, se ha encontrado un cadáver cerca del puerto. Un crimen pasional. La policía sigue el rastro de un asesino en serie, que ayer se escapó del centro de salud mental, parece ser que en los últimos años asesinó a varias mujeres con un perfil muy similar, siempre vestidas de negro. Su nombre es Mario M. L.; años atrás, afamado médico...".

EL SUEÑO

Cristina Fernández Castro

Soledad permanecía inmóvil en la cama, intentando acompasar la respiración, temía despertar a su marido, dormido junto a ella.

La visión en sueños de su cuerpo ensangrentado se había repetido en el último mes, y aunque el miedo la llenaba de dudas, la decisión estaba tomada. Hoy cambiaría su destino; hoy huiría de él.

Como todas las mañanas, le preparó café y dispuso su ropa, confiando en no equivocarse de camisa, o de traje, o de...

Como todas las mañanas, cuando él hubo salido dejó que el agua se llevase los restos de semen, saliva y violencia que cada noche tomaban su piel.

Pero Soledad hoy no estaba sola; apenas trescientos euros y un billete de avión, sin vuelta, hacia un destino secreto donde la esperaba una amiga de juventud que el azar había puesto en su camino, eran su compañía.

Sin equipaje, caminó en dirección al mercado, y solo cuando comprobó que no estaba escondido entre la gente, vigilándola, tomó un taxi, y ya en el aeropuerto, encogida en su asiento, recordó el sueño y tembló al pensar que el podría aparecer; si la hubiese seguido hasta allí, sería para matarla. Recorrió con la mirada la sala repleta, temiendo encontrarle... Solo halló rostros desconocidos. Sus ojos se detuvieron un instante en un maletín abandonado sobre un asiento; entonces anunciaron la salida de su vuelo y una tenue sonrisa pintó sus labios; con la tarjeta de embarque en la mano iniciaba una nueva vida.

Después, la explosión....

Solo pudo ser consciente de su cuerpo ensangrentado antes de morir.

No hay perdón para los terroristas.

(para la reflexión)

LA CUOTA

Dorotea Fulde Benke

Ya antes de incorporarse a su empleo, Nuria suponía que la iban a discriminar, y no se equivocó. A pesar de ser bibliotecaria titulada, la destinaron al sótano de los libros dados de baja por diversas razones.

Aun así, el trabajo en ese departamento subterráneo no la disgustaba: la algarabía de los libros de las plantas superiores llegaba amortiguada por los gruesos muros, y los ejemplares retirados del catálogo ya no armaban tanto jaleo. Pronto hizo amistad con novelas maltratadas por los equipos electrónicos de lectura; escuchaba pacientemente a enciclopedias que no habían sido consultadas en más de cincuenta años y que soltaban su información desfasada en monólogos susurrados porque les quedaba poca voz; e igual procedía con los libros de texto jubilados por acontecimientos económicos y políticos, pero que no se conformaban con cerrar sus tapas y callar.

En la hora del descanso, se solía reunir con Carolina, que igual que ella había conseguido su puesto a través de la cuota obligatoria para personas multicapacitadas, cada vez más numerosas a partir del año quinientos después del Desastre: Nuria tenía sentido de oído y Carolina podía ver.

SI LAS MARIONETAS PENSARAN

Gloria García-Villaraco Lerma

Era una hermosa mañana de domingo y, como de costumbre, el padre de Daniel lo llevaba al parque de la ciudad, donde se representaba un guiñol.

Tanto a él como a sus compañeros de clase les gustaba mucho ver las diferentes historias que cada semana protagonizaban los famosos Tedy y Romy, así es como se llamaban los personajes de aquel pequeño espectáculo que ambientaba el parque cada fin de semana. Tedy y Romy eran amigos, aunque de vez en cuando, y como es natural, discutían por cosas sin importancia. En esta ocasión nuestros protagonistas habían ido a comprar un helado al puesto de la plaza del pueblo, que regentaba un astuto tendero que había llegado a hacerse muy prospero en la ciudad.

¡Al rico helado!, gritaba el Sr. Ruby.

Los niños se acercaron al puesto y Tedy, relamiéndose, señaló con su dedo un cucurucho grande mientras sacaba de su bolsillo una pequeña moneda.

Aquí tienes pequeño, dijo el hombre con su gran mostacho, pero antes dame la moneda que tienes en la mano.

Tedy así lo hizo, mientras Romy esperaba anhelante su turno para comprar también su helado de chocolate. Una vez con ellos en sus manos, y al avanzar el paso, el Sr. Ruby alargó una pierna e hizo que Tedy tropezara, por lo que cayó suelo con su delicioso helado.

Romy, contrariado, quiso ayudar a Tedy a levantarse; pero éste pensó que había sido él quien le había hecho caer y le propinó un empujón que lo derribó, lo que dio inicio a una acalorada pelea. El Sr. Ruby amablemente los separó, y les propuso para tranquilizarlos un nuevo helado de chocolate, dándoles la oportunidad, si no tenían ya dinero, de dejarle alguna prenda, la cual devolvería cuando le trajesen el dinero.

Tedy y Romy aplaudieron la idea y se fueron contentos, mientras el Sr. Ruby guardaba en su pequeño cofre unas canicas y unos cromos de colores, junto con el dinero de la venta y gritaba de nuevo: ¡Al rico helado, niños!

El telón descendió y todos los niños aplaudieron y salieron corriendo al puesto más cercano a comprar un helado.

El día transcurrió alegre y tranquilo, pero aquella historia representada en el guñol no dejaba de dar vueltas en la cabeza de Daniel.

Aquella noche, cuando su padre fue a leerle un cuento antes de dormir. Daniel le preguntó: El Sr. Ruby ha actuado mal, ha empujado a Tedy y ha hecho que su helado se derramase por el suelo ¿no es verdad, papá?

Es cierto, Daniel, y lo peor de todo es que ha provocado una pelea entre ellos.

¿Qué podían haber hecho ellos?, dijo Daniel.

Debían haber pensado que hay que pensar antes de actuar. No hay que precipitarse para comenzar una pelea con un amigo. La impulsividad nos hace cometer errores y disgustarnos a veces con quien no es culpable. ¿Quién salió ganando con todo este alboroto?

El Sr. Ruby, contestó Daniel.

Exactamente. ¿Y si en lugar de pelearse hubiesen hablado primero y compartido su helado después? ¿Crees que El Sr. Ruby seguiría haciendo daño?

No sé, dijo Daniel.

Es cierto, no sabemos... No podemos saber como van a reaccionar los demás, pero si podemos elegir cómo vamos a hacerlo nosotros. No podemos evitar que los demás hagan cosas malas, pero si podemos impedir que nos manipulen y utilicen para sus propósitos.

Los ojos de Daniel se iban entornando poco a poco y brillantes estrellas fueron apareciendo en sus sueños. La noche extendió su velo sobre nuestro mundo, nuestra tierra, con su cielo y con sus guerras, con sus sueños y sus penas... ¡Cuántas se evitarían si a pensar nos enseñaran!

SOBREDOSIS DE BROMA

Marisa Gómez Fernández

Fuego, fuegoooo!!... Gritan por el pasillo.

Pieter, apodado el holandés, acaba de acostarse, sobresaltado se levanta y corre a avisar a su compañero de cuarto que sorprendentemente no está. Despavorido, sale al pasillo, una fuerte humareda corta la visibilidad, tiene la sensación de que se asfixia; el pánico hace que baje las tres plantas del edificio, saltando las escaleras de cuatro en cuatro; al llegar a la calle, cae en el suelo, tembloroso y dolorido intenta recobrar las fuerzas.

Risas, silbatos, aplausos y unas voces seguidas de "¡¡bravo..., eres un héroe!!" hacen que el joven, arrodillado todavía, levante la vista hacia ellos y comprenda la verdadera naturaleza del fuego.

Jadeante los contempla, son: Juanito "el banana", "el tumbao", el gilipollas de Armando y el aspirante a pintor y compañero de cuarto con su cuadro favorito "el triunfo de la muerte" de Pieter Brueghel el viejo, en la mano!!! Cabrones!... hijos de...!... piensa.

De pronto, se le antoja oír cómo "el clamor de ruidos", termina cayendo en un pozo con agua y las salpicaduras le alcanzan, removiéndole así su contenida ira.

Nota que la sangre comienza a subir de los pies a las rodillas, después a los intestinos, siguiendo su periplo fluvial por todas las vísceras de su cuerpo, hasta pasar por el corto túnel de la garganta que conduce al cerebro.

Unos ojos ensangrentados ponen en guardia a los bromistas, que huyen carretera abajo.

Pieter, como un toro embravecido, los persigue. Primero coge a uno, lo voltea y deja tendido en el suelo, luego agarra a otro por el cinturón y lo aplasta con el pie, a punto estaba de coger a un tercero cuando unos viandantes se interponen en el camino y le acorralan induciéndolo a la calma.

Antes de que la sangre retorne a sus orígenes, le da tiempo a soltar un escupitajo mientras despotrica, ¡¡me las pagarán!!

... Y yo que lo vea, concluye tímidamente la narradora.

LUGARES NO COMUNES

Mercedes Martín Alfaya

Ya no lo soporto más.

Se han repartido el espacio y no sé dónde colocar mis cosas. En la nevera, si decido guardar mis hamburguesas en la parte superior, junto a los yogures desnatados de mamá, sus bandejas de verdura y sus *tetrabrik* de soja, papá dice que me he pasado al otro bando. Si las coloco abajo, entre las conservas, encurtidos y botellines de cerveza, mamá no me habla. Y digo yo, que esto es como atravesar la calle en medio de un bombardeo: o te pegas a un lado o al otro, pero en medio, nunca.

La hora de usar el baño es otra historia, porque ahí ninguno de los dos me reclama. Mi padre dice que me vaya al de mamá, que lo dejo todo hecho un asco, y que él no tiene tiempo de andar limpiando. Y mamá, cuando me ve toalla al hombro, maquinilla de afeitar y periódico en mano, se coloca en jarra y argumenta, que habiendo dos baños en casa, mejor que los hombres se apañen juntos.

Claro que, es en el almuerzo donde peor lo paso. Mi padre duerme en el salón y, si quiero usar la mesa-comedor, tengo que pillar el autobús de las dos menos cinco; de lo contrario me encuentro el salón cerrado y un cartel: "No molestar, estoy durmiendo la siesta". Y no entres, que te forma la de Dios. Y como yo no tengo un céntimo para comer fuera como hace mamá, pues eso... Que ya no aguanto más. Me acabo de zampar tres yogures, cuatro latas de berberechos, un bocadillo de chorizo, un kiwi y dos berenjenas con miel. Me bebí tres cervezas, el zumo de dos limones y un *tetrabrik* de soja..., y me estoy sintiendo fatal. Ya que papá y mamá siempre andan discutiendo y todo lo quieren por separado, a ver, cuando lleguen a casa, lo que tardan en decidir cuál de los dos me lleva a urgencias.

FATAL DESCUIDO

María Victoria Martín Espada

Transcurría la noche entre risas y copas, convertidas en uno más de aquellos tantos endiablados juerguistas nocturnos.

Llegaron casi al amanecer a casa de Marisa y, al bajarse del coche, la invitó a tomarse un café con el que mitigar un poco el alcohol que llevaban en el cuerpo. Como se trataba de poco tiempo, dejaron aparcado el auto en doble fila.

Mientras calentaban el agua, se relajaron en el sofá y pronto quedaron atrapadas en los brazos de Morfeo.

Ya entrada la mañana, la policía se percató de que un vehículo, matrícula de Bilbao, invadía parte de la calzada, apostado casi a las puertas de un centro oficial. Al temer que estuviera relacionado con la organización terrorista ETA, desplazaron una serie de especialistas para que investigaran cuidadosamente por los alrededores.

Alarmados, los vecinos salían de sus casas, incluso algunos en pijama. Mientras tanto, las dos amigas, ajenas al desbarajuste, continuaban descansando de su correría nocturna, sin acordarse ni del coche ni del cacillo que se quemaba sobre la hornilla de gas butano.

Uno de los policías se percató del humo que, procedente de una vivienda en la planta baja, escapaba por las rendijas de la puerta. Tocaron repetidamente y nadie respondía. Marisa y Ana seguían dormidas, sin enterarse de nada. Al no obtener respuesta a pesar de los golpes, blandieron un hacha y derribaron la puerta, a la vez que repetían: *¡Salgan con los brazos en alto!*

Cuando escucharon el estruendo, las dos jóvenes despertaron sobresaltadas y comprobaron que de la cocina del salón pasaba una intoxicante negrura que las hizo toser repetidamente. Creyeron que los agentes habían acudido a socorrerlos. Sin embargo, fue por otra causa bien distinta; se las acusaba de abandono de vehículo en la vía pública y manejo de explosivos.

ENCUENTRO

Manuel Martín Miras

Me pareció extraño, nada más verlo. Una ajada chaqueta colgaba en un perfecto equilibrio sobre sus finos hombros. La barba espesa y a medio recortar, como hecha aprisa, junto con el delicado trazo de la nariz; los surcos en el cuello y unas bolsas cargadas bajo unos ojos vidriosos y cansados le daban un aspecto desusado y desaliñado. La cartera negra que sujetaba bajo el brazo con energía, con una postura que hacía pensar en muchos años añadida a su fisonomía, suplicaba un retiro digno, donde no tuviera que contener reclamaciones a la oficina del consumidor, ni viejos extractos bancarios.

Cuando lo encontré, estaba apoyado en la oxidada baranda del acceso al metro con los pies bien plantados en el suelo; y sin un gesto, sin un movimiento, veía pasar a la gente, como buscando un rostro, un semblante en que reconocerse. Fue eso lo que me llamó la atención, y fue por eso por lo que lo seguí. No sabría decir su edad, aunque si la comparo con la mía, que suele ser mi referencia, no debe de diferir mucho. Unas veces, cuando cruzaba algún semáforo lo hacía con paso rápido y decidido, y otras se le veía vacilar al cruzarse con alguien, con esa inseguridad que nos otorga la edad, mientras seguía su ruta, casi sin fijarse en nada. Caminé durante un rato detrás de él, a prudente distancia, aunque a veces no distinguía si era yo el que lo seguía; o por el contrario, él tomaba mi dirección, adelantándose.

Una infinita ternura hacia su persona y un vínculo, cuya causa no llegaba a intuir, me hizo seguirlo y tratar de protegerlo de su aparente vulnerabilidad. Como una sombra pérdida, que quiere recuperar su lugar junto a la silueta de la que es reflejo, me fui acercando y comencé a andar casi a su lado, sintiendo el halito empalagoso que sigue a una transpiración excesiva y doble, provocada por el paso acelerado que llevábamos.

Al llegar al edificio donde vivía y subir las escaleras, casi tropezamos, pues yo quería ser el primero en llegar y abrirle la puerta de esa casa que adivinaba conocer. Aliviado de estar en casa, cerré con llave desde dentro, me apoye sudando en la puerta, y me pregunté quién sería la persona que me había estado siguiendo. La próxima vez que salga a la calle, lo despistaré y trataré de encontrarme a mí mismo. Hoy no lo he conseguido.

LA TORRE DE BABEL Y EL GALLINERO

Luis Molera Martínez

Érase una vez un pollo que hace más de dos mil años, cerca de un poblado de Babilonia alrededor de las cinco de la tarde, se disponía a cruzar un transitado camino. El no sabía lo que era un camino, pues eso solo le importaba a los humanos, ni tampoco sabía lo que miles de años después de su muerte sería una carretera ni tampoco una autopista. El pollo, que se llamaba Zacarías, parecía muy decidido a cruzar y hoy todavía nadie sabe la razón de tan valiente y fatídica decisión. Se rumorea que al otro lado del camino vivía la gallina de sus sueños y eso le cegó la vista, le tapó los oídos y le encendió las patas. Otros dicen que iba huyendo de una ilegal pelea de gallos, otros que iba buscando una vida mejor. El caso es que la leyenda causó acaloradas discusiones y la diferencia de opiniones continua hoy tan viva como hace dos mil años, a pesar de que Zacarías lleva ya siglos en el cielo de los pollos. Fue una muerte muy triste que aun se llora en todos los gallineros del mundo a las seis de la mañana, cuando los gallos cantan porque algo tienen en la garganta. La traducción de lo que cantan es esta:

Un ermitaño de larga y blanca barba caminaba pensando en el destino cuando a lo lejos divisó un pollo que al parecer se disponía a cruzar el camino. Y meditó: "También los animales buscan el camino y el destino".

Un agricultor que hacía una pausa en su fatigosa labor, observó al ermitaño que a su vez observaba un pollo y calculó: "como el pollo intente cruzar el camino para picotear mis semillas le doy un hachazo y esta noche me hago un guiso".

Un ladrón que pasaba por allí, en un abrir y cerrar de ojos vio la ocasión: "no sé de quién será el pollo, pero en cuanto el ermitaño y el agricultor se distraigan ¡pollo al saco!".

Un filósofo griego, que regresaba a sus tierras en un carro tirado por un mulo, no tuvo tiempo de detenerse y formuló: "solo sé que no se nada".

Un sociólogo anotó en sus estadísticas: "demasiadas personas en el mundo, tantos para un solo pollo, dentro de poco el hombre padecerá hambre".

Un psicólogo sentenció: "este pollo tuvo problemas cuando era huevo, ahora tiene una depresión y se va a suicidar lanzándose a la vía pública".

Un político en campaña dijo sonriendo: "si me votas te construiré un camino sólo para ti donde podrás cruzar sin peligro".

Un banquero, un empresario y un especulador, que se hacían pasar por los Reyes Magos transitaban a la velocidad del meteorito en un Camello-Ferrari rojo metálico, le lanzaron un papel de incienso y un bolígrafo chapado en oro por la

ventanilla: "Si cruza, denos todo lo que tenga, firme aquí y cuando nos convenga ya le diremos las condiciones que nos interesa a cambio de la mirra. Si no cruza y no firma, le quitaremos todo por no firmar".

Un defensor de los derechos de los animales opinó: "un pollo tiene los mismos derechos que cualquier otro animal –incluido el hombre de cruzar ese camino!–".

De pronto se acercó una nube y se escuchó un trueno con la voz de un señor con cara de simpático genio que dijo se llamaba Einstein y quien, recordando una gran explosión y todavía con el humo flotando de sus chamuscadas cejas dijo: "si cruza es probable que lo atropellen, es relativo al tiempo en cruzar el espacio entre un borde y el otro". Dejó con la boca abierta a todo el mundo.

Un peregrino llamado Murphy que afirmaba haber creado una Ley comentó: "y si no cruza, también le puede caer un meteorito en la cresta".

Entonces una viejecita vio a Zacarias, quien a pesar de sus decididas y fuertes zancadas no pudo evitar, quizás por la sorpresa, ser atrapado por las rápidas y expertas manos de la anciana. Con buena intención, pero un poco en contra de la voluntad de Zacarias, lo volvió a poner al otro lado del camino (ya había cruzado la mitad) y se iba contenta. No hubo apenas girado sobre si misma, cuando escuchó un estruendo a su espalda: un borracho se fue a estrellar con su carro y su asno justo donde había dejado a Zacarias.

Era ya muy tarde y pronto empezaría a oscurecer. Los pájaros se iban a dormir, pero se quedaron a mirar que ocurría. Desde la Torre de Babel se divisaba el camino con una multitud de personas alrededor de un pollo. Muchas personas habían pasado por allí, todas ellas de diferentes opiniones, culturas, religiones. No se pusieron de acuerdo en si la situación era un peligro o no. Hasta que ocurrió lo que más arriba se contó.

La falta de entendimiento puede ser fatal. Lo cierto es que en la tumba de Zacarías, que hay en el Gallinero de la Torre de Babel, entrando a la izquierda y a la sombra del séptimo árbol, en su recuerdo está escrito:

"A decir verdad,
aquí me pusieron,
en contra de mi voluntad
co co ri có,
co co ri cá".

Y colorín colorado, este cuento se ha terminado.

EL DESCUBRIMIENTO

Jesús Moreno Álvarez

Estaba de espaldas y no supe reconocerla, ni adivinar su rostro, ni siquiera pude intuir su presencia. Sí, sólo era eso, una mujer de espaldas; como todas las mujeres, como muchas mujeres. El darse la vuelta me topé con sus ojos y descubrí el porqué de aquel hechizo: Se trataba de su mirada. Si no veo sus ojos, ella me es indiferente.

Desde entonces ya puedo disfrutar su presencia sin turbarme, sin que se me desboquen los caballos de la fantasía: Le he pedido que se ponga gafas oscuras para hablar conmigo.

EL RETORNO DE LOS ELOHIMS

Jesús Moreno Álvarez

La nave se posa suavemente; como una hoja seca que cae al suelo en otoño.

—Atención central. Paso a informar sobre la situación. Este asteroide aparece abandonado e inactivo: Los edificios, las autopistas, los aeropuertos, los medios de transporte, las instalaciones fabriles, los centros generadores de energía... Todo, absolutamente todo.

Una voz metálica y envolvente pregunta desde el infinito.

—Entonces, ¿podemos confirmar que es cierto que esos estúpidos humanos se han vuelto "intrínsecamente buenos"?

—Afirmativo. Y así lo hemos constatado hablando con uno de nuestros contactados. Dice que se sienten plenamente felices y que no ambicionan nada. Han dejado de competir y practican lo que denominan amor fraterno. Ello tiene como consecuencia que se estén abandonando hasta morir de inanición. Esta

humanidad está a punto de extinguirse. Es alarmante, ya que quedan poquíssimos ejemplares, casi todos hembras.

—Perdone profesor, ¿cree usted que ese fenómeno colectivo es producto de un acto volitivo?

—No; más bien me inclino por un cambio bioquímico, una mutación genética que les afecta a ciertas áreas específicas del cerebro.

—Entendido. Eso significa que, tal como hicimos hace eones, tengamos que volver a repoblar ese feo y pequeño asteroide. Veamos, profesor ¿Sugiere usted que es el momento de preparar una oleada de fecundadores para esparcirlos por la Tierra?

—Sí. Y espero que, esta vez, a los humanos no se les ocurra llamarlos Elohims ni los cataloguen como unos gigantes que yacieron con las hijas de los hombres. Y menos, que a los más avanzados de la nueva especie se les ocurra describir nuestros experimentos genéticos como producto de una divinidad.

—¿Cómo piensa usted, profesor, que nombrarán a estos nuevos fecundadores? Inquiere la voz metálica con marcado sarcasmo.

—Depende de la zona geográfica en donde se inicie la repoblación. En esta ocasión, ¿dónde está previsto ubicar el "paraíso"?

—En un área nombrada como Andalucía, concretamente en Cádiz.

El profesor no puede reprimir una carcajada antes de responder.

—Pues les puedo asegurar que a los nuevos fecundadores los llamen "Pichas Bravas".

LA FLOR

Laura Piñero Sánchez

Aquella noche de invierno se tiñó de primavera. Nació una flor, grandiosa, viva, de delicados pétalos, espigada y orgullosa.

La miraba fijamente cada vez que pasaba por el parque. Mi boca enfundaba una sonrisa y mi cuerpo se llenaba de sosiego. Aun en los días de lluvia, la flor se tornaba radiante.

Con la monotonía del estanque, los peces y el eterno parque, el tiempo me enamoró de ella. Y yo sentía que me necesitaba. Iba a visitarla en momentos tristes, en instantes tiernos, quedos. Y ballaba para mí dejándose acariciar por la brisa.

Pero sus pétalos, irremediables, se evaporaron en mis manos. Le había hablado de amor.

MI PASEO DIARIO

Eduardo M. Romero Rueda

-¿Cómo quieres que sea, jolines, si es mi madre la monstrua del lago Nees y mi padre un antediluviano pez?

Gloria Fuertes

18 de agosto de 2010, miércoles. Suena el despertador en la habitación, lo apaga, observa la foto de un rinoceronte blanco que colgó frente a la cama y le trae a la memoria viejas hazañas. El día era cálido y bonito, la luz que se colaba por las rendijas de su ventana era muy intensa en esa época del año. Sale a la calle para disfrutar de una jornada que se presenta muy especial.

Camina hacia el puerto por las aceras de la ciudad, fresca aún por las sombras de la mañana. Los pesqueros, amarrados en el muelle, comienzan la actividad. Observa el abastecer de los mercados que aguardan para iniciar una nueva jornada. Recuerda el día en que se enroló en un pesquero y faenaba en Terranova, donde conoció a su primer y único amor.

Abandona el puerto y le salen al paso dos mujeres con un bebé —por caridad, una moneda para alimentar a nuestro hijito—. Se rasca los bolsillos rotos, saca dos monedas, se las ofrece junto a un encendedor de plata (recuerdo de su amada esposa) una de ellas dedicándole una sonrisa dice: "Que el cielo le traiga ventura, señor. Que las ánimas benditas le protejan en su camino".

Por un instante llegó a pensar que acababa de ver a dos ángeles del cielo que le enviaban un mensaje, o decididamente había perdido el juicio. El sol arreciaba y la luz, recomendada por los doctores para aliviarle la depresión, en lugar de sanar la enfermedad le pesaba como una losa; la ansiedad no remitía, ni siquiera contemplando los detalles más bellos de los parajes por los que iba paseando.

Se dirige al viaducto ese que utilizan los jóvenes para realizar diversas actividades recreativas, en las que participará junto a ellos. Una caída libre de unos treinta metros que le recuerda a los acantilados que disfrutaba junto al mar cuando era feliz. Y ahora quiere sentir las mismas sensaciones de su juventud y quizás así pueda salir de esa situación que le mantiene varado.

Al fin llegó a su destino, allí, esperándole impasible la mole de hormigón, ató las cuerdas a sus tobillos. Se acercó al borde, sin mirar al fondo se precipitó al vacío. Al descender, revivía todo lo que dejó atrás, sus hijos perdidos para siempre, su esposa no estaba para consolarle. Sólo, sin nada que le atara al otro extremo, el final de su vida se acercaba y desde ese preciso momento dejó de existir.

SIN DISCUSIONES

Nieves Rubio Cambero

Como cada mañana, desde el regreso de su luna de miel, Federico abría el cajón de su cómoda, repleta de calcetines, agarró un par casi al mismo tiempo que miraba hacia la cama, donde yacía Cristina, su mujer, todavía adormilada, tratando de despabilarse.

Ella comenzaba su trabajo dos horas mas tarde que él, pero no disponía de mucho tiempo como para quedarse dormida.

Con su convivencia de pareja prácticamente recién estrenada, ambos trataban de adaptarse en gustos y manías.

Después del desayuno, Federico salió precipitado hacia la puerta, donde se despidió de su esposa. Ya sola, Cristina se inicio en las tareas cotidianas y se encamino al dormitorio. Se disponía a hacer la cama, cuando se tropezó, como todos los días, con los calcetines sucios del día anterior de su querido marido. ¡Otra vez!..., empezamos mal... No, no estoy dispuesta... Y, absorta en este malestar, sin pensarlo más, le dio una patadita... Y ¡ahí va!

Era jueves, Cristina se levantó muy temprano. Cuando estaba a punto de salir, dijo: *Tengo revisión medica, ¡adiós cariño!*, y dejó a Federico a punto de levantarse. Cuando ya se estaba abotonando la camisa, dio unos pasos hacia la cómoda, estiró del cajón como de costumbre y en segundos sus ojos desorbitados rastrearon aquel singular espacio. ¡Vaya, está vacío! De inmediato, alcanzó el móvil y marcó:

–Cristina, ¿dónde están mis calcetines? ¡Voy a llegar tarde!

–Federico, no sé..., recuerda..., haz memoria dónde los has dej...

Y se cortó la comunicación. Él se quedó pensativo..., *¿ha querido decir dónde los he dejado?* Estaba allí, al lado de la cama; miro hacia el suelo, no vio nada, se agachó y seguía igual, levantó la falda de la colcha, se inclinó un poco y un poquito más, casi metiendo su cabeza debajo. *¡Oh, oh, Dios mío!*

LA NADA

M^a Ángeles Sánchez Serrano

Me llamo Elena, tengo diez años y ya soy mayor.

Es tarde ya, pero quiero seguir despierta leyendo el tebeo que me gusta, o viendo de reojillo la película que mi madre no quiere que vea. ¡Qué aburrimiento! Me dice que tengo que ir a dormir, que es muy tarde. ¿Y por qué me tengo que ir a la cama si no quiero?

Siempre me dice que haga cosas que no me gustan; y si no la obedezco, me regaña. No lo entiendo, ¡todos los días igual!

Me levanto y ya me tiene preparado el cola-caó con la yema del huevo, ¡qué asco! Mi mamá dice que es muy bueno, que tiene muchas vitaminas y que tengo que engordar, que estoy muy flaca. Y me regaña, porque siempre –no sé por qué– se me cae la mitad al suelo.

Mis hermanas ya están vestidas para ir al cole, y yo todavía estoy poniéndome los zapatos y mi mamá detrás de mí, con el peine a ver si puede desenredarme estos rizos.

–¡Ay, que me haces daño!

Y ¡zas!, ya se ha escapado una torta y me la he llevado yo.

–¡Pero si yo no he hecho nada!

Nos vamos al cole, y allí, mi amiga Victoria, me pidió una galleta de chocolate porque la monja sólo le dio una. Me fui al cuartillo que hay debajo de la escalera y me encontré un paquete, y la monja nos ha pillado y después ha llamado a mi madre. No sé, pero mi mamá le ha llevado un ramo de flores y las dos, mi madre y sor Juana, se veían muy enfadadas.

Y por la tarde, todavía le quedaba a mi madre alguna que otra torta por ahí, y otra vez la he pillado yo cuando he chillado más fuerte que mi hermana. ¡Claro, ella me ha dado un pellizco y se ha ido pronto sin que mi madre la viera! ¡Siempre yo! ¡No es justo!

Ya sí es de noche, y me voy a la cama, porque si no mi madre se va a enfadar otra vez y seguro, seguro, que alguna torta tendrá guardada para mí. ¡La conoceré yo! Mis hermanas ya están dormidas, ¡qué mala suerte! Todas las tortas que se le han escapado a mi madre me las he llevado yo. No lo entiendo.

Las sábanas están frías. Me tapo la cabeza, no quiero ver la luz, ni que me vean, así pensarán que estoy dormida. Ya no suena la tele, pero ¿hay tele?

Todo es muy extraño. Me tomé el cola-caó con la yema, pero no sabía a nada. Y luego me puse los zapatos y me peiné sola, ¿o no? ¿De qué color eran los zapatos?

No recuerdo lo que hemos comido, ni la cara de mis hermanas y mis padres. Y mi mamá no me ha pegado ni una sola vez. ¡Yupi! Pero tampoco recuerdo el babi del colegio, ni a sor Juana detrás de mí pegando voces: "¡Las galletas, las galletas!". ¡Yupi, pues no es tan malo!

Que las flores no las llevó mi madre. ¡No, eso no me ha ocurrido a mí!

¿Y mi cole? Ya no está, tampoco mi casa. Mis hermanas y mis padres han desaparecido, y ya no tengo que leer esa aburrida cartilla. Tiemblo.

Pero, ¡qué raro!, ¿dónde está la mesa y la silla y mis tebeos? No los encuentro. No ha pasado nada, no hay casa no hay calles, no hay barrio, ni ciudad. No hay ruido, ni luz, ni estrellas.

—¡Mamá, mamá! ¡Qué raro, no me oigo!

Me tapo con las sábanas, pero ya no sé si estoy durmiendo o estoy despierta. ¿Qué me pasa? Me toco la pierna, ¿qué pierna? No tengo manos, no tengo pies. No, no, no, no soy nada. Me tapo más fuerte, tengo que dormir, tengo que dormir...

EL CHICO DE LA BICICLETA

Jaime Santa-Olalla Temboursy

María siempre salía de su casa a las 8.20 de la mañana y se dirigía a la parada del autobús. Iván dejaba la casa de sus padres a las siete y media y recorría varios kilómetros hasta llegar al taller donde llevaba trabajando cuatro meses. Había un paso de peatones que ambos cruzaban todas las mañanas y en ese preciso momento se observaban. Siempre lo hacían hasta que sus miradas coincidían y uno de ellos rehuía los ojos del otro. Llevaban direcciones opuestas. Algunos días, cuando Iván se retrasaba unos minutos, eso provocaba que se encontrasen delante de la parada donde ella tomaba el autobús. Y ella no solía percatarse de que Iván pasaba por detrás, observándola y descando que ella se diese la vuelta para intercambiar, de nuevo, aunque fuesen un par de segundos, sus miradas.

María trabajaba en la casa de unos señores. María llegaba a su trabajo a las nueve de la mañana y allí permanecía doce horas. Los señores le daban una hora para el almuerzo, pero nunca salía para comer. Había partido de Argentina hacía varios años, en busca de un presente mejor y dejando a sus dos hijos allá en la distancia. Cada día que veía a Iván, no podía evitar pensar en su primogénito; aunque el sentimiento hacia ambos era muy distinto.

Iván había dejado sus estudios por falta de motivación y de buenos resultados. Sus padres le habían exigido buscar trabajo si no iba a continuar con su formación. Desde el principio, en el taller lo habían tratado bien, era un chico despierto y aprendía rápido. La mecánica le parecía mucho más interesante que tener que estudiar latín, o leerse a Platón, o aprenderse la lista interminable de los verbos irregulares. Cada día que veía a María, se acordaba de Alicia, la mujer que le había cuidado de pequeño. Las dos tenían el mismo pelo negro, los mismos ojos de mirada dulce y cristalina y una sonrisa noble que hacía intuir las buenas personas que había tras esa fachada de simpatía y cordialidad.

María estaba a punto de cumplir los cuarenta y cuatro años. Todos los días se preguntaba cuándo el chico de la bicicleta tendría el valor y el arrojo de saludarla. A Iván le faltaban meses para cumplir la mayoría de edad y no

encontraba el momento de saludar a la mujer de tez morena, hasta aquel día que la pobre tropezó y se cayó de bruces contra el suelo. La bolsa que llevaba se rompió y todas las naranjas salieron desperdigadas por la acera. Iván dejó por un momento su bicicleta, le preguntó si se encontraba bien y fue recogiendo una a una todas las naranjas. A María no le importó caerse, ni retrasarse en su trabajo, hasta se olvidó por unos instantes del dolor en sus rodillas y manos, porque por fin iba a descubrir el nombre del chico de la bicicleta.

EL HOSPITAL

Archibaldo Solnie

El Hospital, que en su tiempo había sido un ejemplo de la moderna arquitectura hospitalaria, ahora se hallaba parcialmente desactivado. Únicamente albergaba en sus instalaciones algunos casos de enfermos terminales o crónicos que sufrían males que no encontraban solución inmediata.

En una de sus salas, escasamente iluminada por las luces de emergencia de los pasillos, dos personas ancianas hacían guardia junto a la cama de su hijo enfermo.

—¿Seguro que te quieres quedar? —murmuró el hombre en voz baja.

—Sí, ve no más, que mañana tienes que madrugar. Yo me quedo... —contestó la mujer.

—¿Seguro?

—Sí te digo, ve que voy a estar bien.

El hombre se agachó sobre el enfermo y le rozó la fría frente con sus labios.

—Hasta mañana, Daniel.

Los ojos del hijo no parecieron reconocerlo. El padre salió de la sala sin mirar atrás y, sin saludar a su mujer, se alejó del lugar.

La madre se dispuso entonces a velar el sueño del enfermo. Se acomodó en una silla que había sido abandonada por algún desconocido y soltó su largo cabello canoso. Al ver los pies de su hijo sobresaliendo de la vieja cama de hierro, los tapó con la gastada manta y pensó: *¡Qué alto es y qué buen mozo!*

Se acercó a la cabecera de la cama y al hacerlo escuchó que el enfermo le susurraba:

—Mamá.

¡Hacia tanto que no la había llamado así! Se detuvo y escuchó su respiración entrecortada y la tos seca que la interrumpía cada tanto.

Alarmada y un poco asustada, pero venciendo sus temores, acercó la silla a la cama y comenzó a acariciar la cabeza del enfermo. Al sentir que la agitación disminuía y los latidos del corazón se normalizaban, siguió acariciándolo.

Otra vez, el enfermo, con voz apenas audible, pero fijando en ella su mirada, repitió:

—Mamá, tengo miedo.

La madre se sintió confundida. Miró a su alrededor. La sala en penumbras solo le permitió ver a lo lejos una cama donde alguien dormía profundamente. Con decisión, apartó la silla, se quitó la falda y los zapatos, y le susurró a su hijo:

—Apártate, déjame lugar.

Se acostó a su lado en la estrecha cama y lo abrazó fuertemente...

Las primeras luces de la mañana comenzaban a filtrarse a través de los sucios cristales. Desde la entrada de la sala, un enfermero, semidormido aún, paseó su mirada por el local y, entre bostezos, solo vio a la anciana dormitando acurrucada en su silla. Se había vuelto a colocar la falda, pero sus zapatos todavía permanecían tirados en el suelo. Su hijo respiraba tranquilo. A pesar de tener aún los ojos cerrados, una expresión de paz iluminaba sus desgarradas facciones.

En el exterior comenzaban a oírse los primeros ruidos del tráfico y las primeras voces. El barrio despertaba.

Amanecía en la ciudad...

CULPA O ENFERMEDAD

Cristóbal Soriano Díaz

Ana nunca tenía la culpa. Siempre eran los otros: sus padres, su marido, sus hijos, sus cuñadas. Jamás dio su brazo a torcer. Era dueña del vacío, de la nada, reina de la tortura y carecía de buena fe. Su intención: causar el mayor sufrimiento a sus allegados y familiares.

Sus dos hijos no la soportaban. Su marido Juan, celador de profesión, se convirtió en excelente jugador de fútbol virtual: Regateaba que era un primor. Siempre estaba en medio, destensando y driblando las numerosas y desagradables broncas.

Tuvo que alquilar y mantener una vivienda para que los hijos —de 24 y 18 años— se alejaran de las diarias disputas que siempre se iniciaban por la madre. Los motivos, como los gustos, muy variados: un gesto, una palabra, un silencio de la bronca de ayer o cualquier otro pretexto. Más que una vida, un purgatorio.

Juan duplicaba y triplicaba los turnos de trabajo para así poder incrementar los mil euros de sueldo. No comprendía la insistencia de la sádica Ana, que ahora intervenía en las dos viviendas y con mayor nivel de tortura.

El buen Juan, mientras tanto, entre turno y turno, no desaprovechaba la ocasión de invertir en lotería, pues presentía su llegada. Y no falló. El sábado por la mañana, aquella se dejó ver: Un doloroso y rápido infarto de miocardio. La semana pasada fue incinerado.

PROFUNDA OSCURIDAD

Francisco Suárez Martín

Serían las nueve de la mañana cuando desperté y, para asombro y espanto mío, me di cuenta de que no tenía ojos.

Debe ser una pesadilla, estaré soñando, pensé, y para comprobarlo, no se me ocurrió idea más tonta que propinarle a la pared más cercana, con todas mis fuerzas, un brutal puñetazo. Al instante, lancé un grito al cielo. El puño me ardía de dolor. Joder, eso significaba que todo era real. No conseguía ver nada... porque carecía de ojos.

Un gélido temblor sacudió todo mi cuerpo; tuve que sentarme en la cama. Pensé en llamar a mi novia por el móvil, pero era complicado marcar los números sin verlos, y además, el miedo me paralizaba.

De pronto, oí gritos en la calle. Un coche se estrelló contra algo, y el sonido de una alarma arañó el aire. Todo era confuso, extraño y violento.

Una gota de sudor resbalaba por mi frente, mientras buscaba a tientas la radio de la mesita de noche, que conseguí encender. Escuché una voz femenina, trémula y triste, que decía:

–El caos se apodera de las calles. Se oyen gritos de angustia y de dolor. Miles de voces piden auxilio desde cada esquina del mundo...

La locutora dejó de hablar por unos segundos; una pausa de silencio que se me antojó eterna, luego prosiguió:

–Nunca he creído en Dios... pero todo esto parece un castigo divino. Hemos tratado de asesinar al planeta Tierra, emborrachándonos de orgullo, de poder y vanidad. Y ahora nos robaron la luz de la vida. Todos, absolutamente todos, estamos ciegos.

¡Dios mío!, grité arrojando la radio al suelo.

LA LLEGADA

Inés María Trevejo Azores

A mis hijos

Hoy me han confirmado tu llegada. El corazón se me acelera y un mar de sensaciones inunda mi alma. Me parece maravilloso que vengas de una forma tan callada, con tanto sigilo, sin que nadie lo imagine ni se hayan preparado para recibirte, ni siquiera se han percatado de tu presencia. Siento una mezcla de curiosidad y nerviosismo, a la vez que preocupación por el cambio tan radical que puede suponer, en mi vida, un acontecimiento tan trascendente y del que no sé si sabré estar a la altura que merece. Por fin voy a conocerte y, con sólo pensarlo, se remueven todas las fibras de mi ser en un deseo alocado y eufórico por verte. Me cuesta mucho definir este estado de felicidad que me embarga y que me resulta tan agradable como desconocido. Me faltan referencias con las que poderlo comparar; de una manera sencilla puedo decir que no se puede entender si no se siente.

Durante todo este tiempo y hasta ese día, debo ponerlo todo a punto: la casa, tu habitación, tu ropa... Todo debe estar preparado, no puedo cometer ningún fallo, quiero que todo te guste y lo más importante, ... ¿te gustaré yo? Esta pregunta ronda de vez en cuando por mi cabeza. Toda la familia ha acogido la noticia de tu venida con una alegría insólita porque hacia mucho tiempo que no les llegaba algo tan extraordinario. Parece que hubieran recibido un regalo muy deseado y todos, en la medida de lo posible, van a colaborar para tenerlo todo dispuesto.

Muchas veces, a lo largo de esta dulce espera distraigo mi mente en la ardua tarea de ponerte cara, imagino el color de tu pelo y de tus ojos, la dulzura de tu mirada, la suavidad de tu piel, ... y hasta el ceño fruncido de tus rabillos. Trazo bocetos y bocetos pero ninguno me vale, uno tras otro van a la papelera del olvido. Y vuelvo a empezar.

Una agradable inquietud me consume mientras pienso que en unos meses tendré entre mis manos la primera foto. Pero, aunque será muy hermosa, sé que no sabré entenderla y querré más.

Poco a poco vas haciéndote un hueco en mi vida, tu presencia es cada vez más palpable y tu llegada ya se evidencia. Los preparativos también avanzan, cada día hago un repaso de todo para comprobar que va según lo previsto y convencerme de que, aunque adelantaras tu llegada, no habría ningún problema para acogerte en óptimas condiciones.

¿Sabes?, ya me voy acostumbrando a ti, te voy integrando en mi vida de tal forma que, aunque mi alegría por tu llegada, mi curiosidad por conocerte y todo ese mar de sensaciones del que te hablaba al principio, siguen estando latentes en mi corazón, ya me permito quejarme de las pequeñas molestias que tu presencia me origina, de tus pataditas, de los ardores de estómago, de la incomodidad de adoptar una postura adecuada... Todo eso acelera el deseo de tu venida, cuento las semanas, los días y hasta las horas que faltan.

En todo este tiempo de espera no te he hablado de algo que ha quedado oculto bajo todas esas sensaciones agradables que te he descrito siempre con entusiasmo. Ese algo enmascarado han sido mis miedos, sí, también he sentido miedo en más de una ocasión, aunque haya podido ahogarlo bajo una manta de agradables sensaciones positivas. Miedo ante el inmenso mundo que se abriría delante de ti, representado primero por el entorno más próximo, sin ningún igual que te acompañara en tus juegos y creciera contigo, pero sobre todo, miedo a lo desconocido que te venía encima sin haberlo pedido, y de lo que yo me sentía responsable. Te imaginaba tan frágil, tan indefenso...

Por ello, y superando el sentimiento de culpabilidad que me invadía en esos momentos, me proponía la misión de hacer que tu percepción del mundo a través de mí fuera lo más agradable posible, debería infundirte serenidad, confianza y seguridad para afrontar con valentía la vida, que latiendo dentro de mí, ya era tuya.

¿Qué me pasa?... Siento un ligero dolor en el vientre, pasado un tiempo se repite. Observo, y compruebo que los dolores son cada vez más fuertes y frecuentes. Tengo el cuerpo bañado en sudor y la respiración entrecortada. Ya llegas, estás llamando, me avisas de tu llegada. Los últimos dolores son desgarradores, me ahogan. Uno más y luego el descanso. Ya estas aquí, oigo tu llanto. Nada comparable a todo lo que había imaginado mientras te esperaba. ¡Qué maravilla! Superas todas las expectativas. Tu fragilidad me fortalece.

EL JUEGO APASIONANTE DE LAS PALABRAS

Lola Buendía

El taller de escritura ha comenzado. Los alumnos hablan con sus compañeros más próximos; sostienen un folio; algunos sujetos con decisión, otros lo enrollan con nerviosismo, como si quisieran ocultarlo. Hay alguno que se empeña en corregir tal o cual palabra que quizás necesitaba ortopedia.

Llegado el momento de la ronda de lectura, se hace un silencio. Algunos mantienen las hojas boca abajo, o encerradas a medias en carpetas semiabiertas (ora dentro, ora afuera), como quien guarda y preserva la inocencia de un niño. Un par de jóvenes miran fijamente la pantalla del portátil, persiguiendo algún verbo baúl, cacofonía o el sinónimo más adecuado. En las pantallas, los renglones se alinean en formaciones disciplinadas, como ejércitos en descanso tras la ardua lucha, obedientes al dictamen del ratón electrónico.

Es el turno de M. Ha elegido un tipo de letra Arial 12, interlineado sencillo (tiene mucho que decir), correcto en la forma. Ahora se escucha su voz, ligeramente alterada, las palabras se entrecortan en su garganta impidiendo dar paso a las siguientes. Sus hombros avanzan hacia delante y luego retroceden. Ahora su voz se envalentona y fluye vigorosa y decidida. El relato ya es un amor vivido, tal vez soñado. Su rostro se arrebola, su pecho se ensancha. La lectura llega a todos, apasionada, cargada de emociones: con verbos contundentes, en frases cortas y eficaces.

Se leerán más relatos: unos rescatarán antiguas historias familiares, o episodios de la vida cotidiana aderezados con especias de imaginación; algunos sorprenderán por su temática, finales inesperados o títulos que enganchan desde la primera frase...

La narración es un cuchillo afilado que penetra en las vísceras, en el corazón, o tal vez sólo en la epidermis de los lectores. Bienvenidos a la apasionante tarea de escribir.

FINAL DEL CURSO

Ramón Alcaraz García

Todos los que se apuntaron al taller de escritura acabaron siendo detenidos por la policía.

Desde que empezaron las clases, se pasaban el día recorriendo las calles en busca de conflictos.